

poco dignos de él que el derecho y los tratados eran vanas palabras, de las que cada uno se servía según su conveniencia, que él no lo ignoraba, y que no era aquella una cuestión ni de principios ni de derecho, sino de interés, que cada potencia entendía á su manera. Alejandro añadió que había prometido la Sajonia á Federico Guillermo y que sostendría su palabra, pues él tenía en más su palabra que los pretendidos tratados, que no eran más que una mentira; que el rey de Sajonia era un traidor que había abandonado la causa de la Europa, que concluiría por ser prisionero de Rusia, y que éste no sería el primer príncipe sajón que hubiera expiado así sus pretensiones á la Polonia. Mr. de Talleyrand, contenido cuanto el respeto lo exigía, demostró su horror á semejantes principios: «La calificación de traidor, dijo á Alejandro, no debería jamás aplicarse á un rey (que en todo caso no puede ser más que un vencido), y no debería jamás encontrarse en una boca tan augusta como la de V. M. El derecho es una cosa muy positiva y muy sagrada, que contribuye á que nosotros no estemos en estado de barbarie, y yo espero que V. M. reflexionará más antes de hollar de este modo el sentimiento universal de la Europa.» A este punto, Alejandro dijo irritado á Mr. de Talleyrand «que la Inglaterra y el Austria le abandonaban la Sajonia, y que su amigo el rey de Prusia sería rey de Prusia y de Sajonia, como él emperador de Rusia y de Polonia.» Mr. de Talleyrand, inclinándose respetuosamente, repuso que lo dudaba mucho, pues no había nada menos cierto que el consentimiento de la Inglaterra y del Austria. Entonces, abreviando la conversación le dijo: «Vos tenéis aquí intereses que os atañen mucho (hacia alusión á Murat); la medida de mi condescendencia con la Francia dependerá de la suya hacia la Rusia.—La Francia, replicó Mr. de Talleyrand, no pide ninguna condescendencia, pues ella no sostiene en Viena más que principios.» Esto era decir bien claramente que no tenía necesidad de los buenos oficios del zar.

La resistencia que Alejandro hallaba por todas partes le había calmado un poco con respecto á la nuestra, y estuvo menos duro otra vez con el plenipotenciario francés; pero se mostró más absoluto que la primera, y aun afectó la frialdad de una voluntad desde luego inalterable. En presencia de tan manifiesta voluntad, Mr. de Talleyrand, siempre hábil, unió el respeto á una duda ligeramente irónica, que le dispensaba de tomar las cosas con demasiada seriedad.

La entrevista con Mr. de Metternich fué mucho más reñida. Los prusianos habían comunicado al emperador Alejandro el despacho de Mr. de Metternich, manifestando las intenciones del Austria y en el que revelaba los esfuerzos de la diplomacia anglo austriaca para aislar á la Rusia por medio de satisfacciones concedidas á la Prusia. Este príncipe, aunque había resuelto contenerse, no podía disimular sus impresiones. Su conversación con Mr. de Metternich debía ser acerca de la Polonia, puesto que la Sajonia, momentáneamente, estaba concedida; se extendió mucho sobre este asunto, volvió á sus acostumbrados discursos, sobre el odioso reparto de la Polonia, y sobre la utilidad, la moralidad de una restauración de este reino, como si la reconstitución de una Polonia no independiente, sino esclava del más peligroso de sus copartícipes, hubiera podido ser consi-

derada como una reparación hecha á la Europa. Repitiendo Alejandro que la Rusia, por la extensión de sus posesiones polacas, estaba llamada á realizar esta reparación, Mr. de Metternich le dió la contestación muy sencilla de que el Austria también poseía una porción de territorio del antiguo reino polaco, y que se encargaría tanto como otra cualquiera potencia de una reparación que costaría tan pocos sacrificios. A estas palabras, no pudiendo ser por más tiempo dueño de sí mismo, calificó la observación de falsa, de imprudente, y se olvidó de las conveniencias hasta el punto de decir á Mr. de Metternich que él era el único hombre en Austria que se atrevía á usar con la Rusia semejante *tono de rebelión*. Entonces Mr. de Metternich pudo creerse en presencia de Napoleón, cuando en Dresde le amenazó durante algunas horas con todo su poder, tratando desde luego de confundirlo con todo su talento. Mr. de Metternich no se dejó dominar, pero profundamente ofendido con el lenguaje del zar, le declaró que si en lo sucesivo debían ser aquellas las relaciones de los gabinetes, iba á rogar al emperador que nombrara otro representante de Austria para el congreso, y salió de la audiencia en un estado de consternación en que jamás se le había visto.

El relato de esta inesperada escena llenó á Viena de descontento, y se preguntaban unos á otros por qué se habían levantado contra Napoleón para caer inmediatamente en un yugo tan implacable como el suyo, y más humillante, pues al nuevo yugo le faltaba aquel ascendiente prodigioso que, durante diez años, había sido la excusa de la debilidad de la Europa. El emperador Francisco partió el mismo día para Ofen á fin de reunirse con el emperador Alejandro en Hungría. En su concepto, se encontraba en la más extraña posición, pues le tenía en su propio palacio desde hacía más de un mes, lo mismo que á los otros soberanos que se hallaban en Viena. Así es que sufría todas las incomodidades que la hospitalidad impone, y con frecuencia estaba obligado á manifestar la satisfacción en su semblante, teniendo en su corazón el más amargo disgusto. Por consiguiente, con su galante naturalidad, el emperador Francisco dió al zar, bajo la más bondadosa forma, una lección merecida. «Después de una larga experiencia, le dijo, he tomado por costumbre confiar la dirección completa de los negocios á mis ministros, y lo creo una buena costumbre, pues nuestros ministros emplean más libertad, más constancia, más calma y más conocimiento de las cosas que nosotros mismos. Sin embargo, obran siempre por mis órdenes, á su manera seguramente, pero sin trastornar mis intenciones, y en todo caso, podéis considerar su voluntad como la mía.» No era posible confirmar mejor lo que había hecho Mr. de Metternich, ni reprender con más delicadeza al zar lo inconveniente de su conducta. En seguida el emperador Francisco le habló de la situación que atravesaban, en términos generales, pero lleno de tacto. Él se debía por completo á sus pueblos, les había sacrificado todo, hasta su propia hija, y cuando los encontraba llenos de inquietudes, debía tener en cuenta sus preocupaciones, y procurar calmarlas. Habiendo respondido Alejandro que la conocida lealtad de su carácter debería, sin embargo, tranquilizar al pueblo austriaco: «Sí, replicó el emperador Francisco, la lealtad de los prínci-

pes es seguramente una garantía, pero una buena frontera vale todavía más.»

En tanto que estos monarcas ocupaban los días en su viaje á Hungría, mezclando con las pompas fúnebres las fiestas mundanas; en tanto que Alejandro prodigaba á los húngaros y griegos que corrían á su encuentro, caricias que no eran del todo desinteresadas, los diplomáticos que habían quedado en Viena se ocupaban en llenar el compromiso que habían aceptado para el 1.º de noviembre. La opinión general ansiaba cada día más la reunión del congreso, por grande que fuera el desacuerdo en las cuestiones principales. Los dos soberanos de Prusia y de Rusia habían demostrado tanta audacia en sus actos y en su lenguaje, que era preciso hacerles comprender la autoridad de la Europa, y no había un medio para lograr esto más natural, más regular, más forzoso, en fin, que el de reunir á la misma Europa en la persona de sus representantes. Sin duda alguna, y como ya lo hemos dicho, no podían reunirla en una especie de *Constituyente* europea, pues ellos no tenían un derecho igual para entender y decidir los asuntos de los otros, pero había negocios comunes sobre los cuales debía recaer al parecer de todos, y los había especiales, sobre los que sólo los principales interesados podían resolver. En fin, puesto que se habían dado cita en Viena para ordenar los intereses de la Europa, era preciso, cualquiera que fuese la manera de conferenciar, llamar á los que la representaban, pedirles sus poderes, reconocer su validez, concertarse sobre las decisiones, y esto sólo podía lograrse con la reunión del congreso, lo que era proclamar en Viena la existencia de una autoridad legítima, incontestable, europea, cuyo ascendiente moral podía, en determinadas circunstancias, contener peligrosas perturbaciones.

El 30 de octubre, Mr. de Metternich convocó en su casa á los ocho signatarios del tratado de París para consultarles sobre la ejecución del compromiso contraído en la declaración del 8 de octubre. Expuso que no estaban aún resueltas las graves cuestiones que dividían á ciertos gabinetes, sin embargo de no haber cesado de ocuparse en su solución; que probablemente se llegaría á un acuerdo; que sobre la cuestión tan importante de la constitución alemana, los trabajos estaban bastante avanzados, y que se esperaba restablecer un equilibrio germánico, que contribuiría al equilibrio europeo; pero que entretanto nada impedía que se convocara á los representantes de las potencias reunidos en Viena, que se les pidieran sus poderes, acreditarlos, y en seguida formar los comités, para distribuirles los principales asuntos que debían ser sometidos á su examen.

Este consejo fué adoptado por unanimidad. Pero habiendo puesto Mr. de Metternich un exagerado cuidado en repetir que no se trataba de formar una asamblea única, donde deliberarían en común sobre el interés de todos, con una autoridad igual, derivada del solo derecho de asistencia, como por ejemplo en el parlamento británico; y habiendo añadido también que los comités no serían más que los intermediarios encargados de conciliar los intereses, Mr. de Talleyrand, que no podía ver al ministro austriaco, y que comprendía el cuidado que tenía de restringir la soberanía del congreso, le contradijo con aspereza, y se entabló entre los dos una polémica bastante acalorada, que si favorecía á alguien

era á los rusos y á los prusianos, pero de ningún modo á nosotros, pues debíamos sobre todo obligar al Austria á seguir la política adoptada de resistir á la Rusia y la Prusia.

Afortunadamente, estos debates individuales no tuvieron consecuencias. Conviniere en llamar á unos después de otros á los representantes de las varias cortes, grandes y pequeñas, en pedirles sus poderes, y someter estos poderes á las tres potencias que designara la suerte. Ésta designó á la Rusia, la Inglaterra y la Prusia, las que debían, en caso de duda respecto de los poderes de alguno de los plenipotenciarios, dar conocimiento á las ocho potencias signatarias del tratado de París, que, habiéndose reunido en Viena, debían naturalmente considerarse como la autoridad directora, y aceptar toda la responsabilidad de su posición. Mr. de Talleyrand se abstuvo de manifestar de nuevo su principio acerca de la admisión, que carecía ya de importancia desde que la conservación de la Sajonia y la expulsión de Murat se habían convertido en graves objetos de negociaciones, que ya no era posible resolver de una manera incidental, á propósito de una simple cuestión de forma. Sin embargo, decidieron que los plenipotenciarios, cuyos poderes no habían podido ser aceptados, asistieran no obstante á las conferencias, fuesen llamados á los comités, proporcionasen datos, y, en una palabra, que pudiesen expresar los deseos de sus comitentes, pero no hallarse autorizados para emitir un voto eficaz.

Decidieron además que todas las cuestiones de preferencia de las diversas cortes que hicieran nacer enojosas dificultades, fuesen aplazadas hasta la conclusión del congreso, que mientras su duración fuesen admitidas lo mismo unas que otras, y por último que el príncipe de Metternich, como representante del monarca en cuya corte se habían reunido, ejerciese las funciones y prerrogativas de presidente del congreso.

Los días siguientes se reunieron con el fin de fijar la manera que deberían emplear para dilucidar las cuestiones. Todo lo concerniente á las convocaciones, á la distribución del trabajo, á la composición de los comités y á las fórmulas de la deliberación, era evidente que pertenecía á los ocho signatarios del tratado de París, que habían tomado la iniciativa de la reunión del congreso, que eran la autoridad directora, en tanto que las resoluciones, procediendo de los tratados generales ó particulares, no podían ser más que el resultado de un acuerdo libre entre todas las partes interesadas. Estando aceptada por unanimidad la autoridad de los ocho signatarios del tratado de París, para la cuestión de forma, faltaba organizar los comités para encomendarles la cuestión de fondo, y era preciso componerlos, no sólo de partes interesadas, sino de mediadores capaces de establecer acuerdo entre las partes disidentes.

Los asuntos relativos á la futura constitución de Alemania fueron confiados al comité compuesto por el Austria, Baviera, Wurtemberg y Hannover, teniendo como adjuntos á otros representantes de los príncipes soberanos de Alemania cuando fuera necesaria su presencia.

Las dos grandes cuestiones territoriales de la Europa eran de dos clases: las relativas al Norte y las concernientes al Mediodía. Las del Norte pertenecían particu-

larmente á la Holanda, á la Alemania, á la Sajonia y á la Polonia, y eran de una gran importancia y sumamente contenciosas. El cuidado de ellas sólo podía confiarse á las principales potencias de la Europa, las unas por tener un interés territorial directo en las cuestiones que se suscitaban, y las otras por el interés de equilibrio, por cuya razón se estaba en el caso de ejercer una autoridad conciliadora. Las confiaron á las cinco grades potencias europeas, la Rusia, la Prusia, el Austria, la Inglaterra y la Francia. Éstas debían decidir las cuestiones de la Sajonia, de la Polonia y otras varias, con relación á los Países Bajos, al Hannóver, Dinamarca y la Baviera, etc. Por consecuencia, éstas tenían la más difícil misión, y si conseguían ponerse de acuerdo, no habría ni motivo ni medio de contradecir sus decisiones.

Los negocios del Mediodía se concretaban casi especial y exclusivamente á la Italia. Las dos potencias territorialmente más interesadas eran el Austria y la España; esta última reclamaba contra María Luisa el patrimonio de la casa de Parma y contra Murat el reino de Nápoles. En este asunto, la Francia estaba también muy interesada, principalmente á causa de Nápoles, y las otras grandes potencias europeas no eran tampoco del todo indiferentes. Creyeron, pues, deber añadir á la España y al Austria, la Francia, la Inglaterra y la Rusia, que, libres de toda pretensión territorial, podían ser menos interesadas y más contemporizadoras.

La Suiza interesaba á la Europa en el más alto grado. Encargaron á un comité de que formaba parte el Austria, la Francia, la Rusia y la Inglaterra, que oyerá á los cantones y tratara de conciliarlos. Por último, se formó un comité para que se ocupase de la libre navegación de los ríos, en el que figuraban la Francia, la Prusia, el Austria y la Inglaterra; y otro especial, para la trata de negros, exclusivamente compuesto de potencias marítimas.

Una vez terminada esta distribución del trabajo, continuaron las negociaciones, fuertemente empeñadas ya, respecto de la Sajonia y la Polonia, y se empezaron las relativas á la Italia y la Suiza, de las que habían tratado accidentalmente, pero sin fijarse en ellas y sin poderes para resolverlas. Los asuntos de Italia presentaban muchas y muy distintas dificultades. Era preciso llevar á cabo la reunión de Génova al Piamonte, prometida al rey de Cerdeña, poner de acuerdo á la casa de Parma, que sostenía la España, con María Luisa, á quien apoyaban su padre y el emperador Alejandro; entregar al papa las Legaciones, que Murat había ocupado y por último, complacer respecto de Nápoles á las dos casas de Borbón, y á la de Francia sobre todo, que cifraba su mayor empeño en la destitución del cuñado de Napoleón.

Este último punto era el más grave. Mr. de Talleyrand lo defendía singularmente, pues había recibido de Luis XVIII con este objeto una misión especial, y cada día le estimulaban más las cartas apremiantes de este monarca. Todas las potencias deseaban la caída de Murat, y el Austria tanto como las otras, porque conocía que este usurpador no estaría jamás tranquilo; que en la continua inquietud de que no podía librarse, procuraría siempre buscar apoyo en los liberales italianos, y que sería en Italia su permanencia una perpetua causa de disturbios. Por consiguiente, Mr. de Metternich,

comprometido personalmente con la corte de Nápoles, quería salir de su compromiso fundándose en las faltas que esta corte cometiera, y además como juzgaba útil tener doscientos cincuenta mil hombres en Bohemia y en Galitzia, deseaba no verse en la precisión de enviar ciento cincuenta mil más á Italia. Así es que no cesaba de decir al representante de Luis XVIII, el más impaciente de los diplomáticos: «Sabad esperar; no se pasarán muchos meses sin que vuestros deseos se vean satisfechos. Vos sostenéis ardientemente más que nosotros la causa de la Sajonia; dejádnosla terminar, y no nos obliguéis á resolver todas las cuestiones á la vez.» Seguramente, estas palabras eran muy prudentes, pues en el estado de Italia, con el descontento que la agitaba desde los Alpes Julianos hasta los Calabrios (exceptuando la Toscana), con un personaje tan temerario como Murat disponiendo de ochenta mil hombres, reconciliado ya con Napoleón, no eran cincuenta mil austriacos los que bastaban en Italia, y sin embargo esto era todo lo más con que el Austria podía contar en aquel momento. Mr. de Talleyrand, sin hacer caso de estas razones, pretendía que algunos miles de franceses bastarían para terminar este negocio. A esto, Mr. de Metternich replicaba que al otro lado del Rhin, contra los prusianos ó los rusos, los soldados franceses serían siempre fieles á sus banderas; pero que en Italia, contra Murat, contra Napoleón, tal vez no se podría contar tanto con su fidelidad. Por toda respuesta Mr. de Talleyrand se quejaba de la debilidad de Mr. de Metternich, propalando por Viena malévolas acusaciones sobre los motivos que le obligaban á contemplar á la corte de Nápoles, acusaciones que herían al primer ministro y hacían daño á los intereses de la legación francesa, y al mismo triunfo de sus más anhelados deseos.

Otro móvil excitaba vivamente la actividad de Mr. de Talleyrand en proporción á la importancia que le daba el rey Luis XVIII, y este móvil era la traslación de Napoleón á las Azores. Sobre esta cuestión, como sobre la de Nápoles, Mr. de Metternich, á quien no supeditaba ningún compromiso, en el fondo era del mismo parecer que Mr. de Talleyrand y abundaba en los mismos deseos. En efecto, había siempre considerado como una medida imprudente colocar á Napoleón en la isla de Elba, á cuatro horas de la costa de Italia y á cuarenta y ocho de las de Francia. Pero si no le supeditaba ningún compromiso, le contenían las dificultades de la empresa misma.

El emperador Francisco no se había cuidado de los lazos de familia en su política, pero no podía ser insensible á sus afecciones, y aunque no amaba á su yerno, no habría querido convertirse en su verdugo, viéndole morir en un clima mortífero. Quizá no se habría resistido á emplear una medida de prudencia resuelta por sus aliados, pero no hubiera tomado nunca la iniciativa. La Inglaterra creía también que no se debía dejar á Napoleón tan cerca de las costas de Europa, y lord Castlereagh lo había manifestado sin rebozo; pero consideraba el tratado del 11 de abril como una traba, á causa del parlamento británico, donde no era fácil hacer aprobar la falta de cumplimiento de un compromiso; y por tanto, quería que se esperase á que Napoleón ó alguno de los que suponían sus cómplices diesen motivo para justificar las precauciones que se tomasen

contra él. De acuerdo con estos principios, no cesaba de reclamar á la Francia el pago de los dos millones estipulados por el tratado del 11 de abril, á fin de que las potencias europeas no fuesen las primeras en violar este tratado. Sus colegas en Viena dirigían las mismas instancias á Mr. de Talleyrand, quien las transmitía á Luis XVIII. La Prusia, por su parte, no oponía ninguna objeción á todo lo que se hiciera contra la persona de Napoleón. El verdadero obstáculo consistía en la generosidad, en el honor, y preciso es decirlo, en los cálculos del emperador Alejandro. Este príncipe era el verdadero autor del tratado del 11 de abril, y se lo censuraban demasiado para que le hubiera olvidado. Sin dejarse dominar por las censuras dirigidas á este tratado, miraba como una cuestión de delicadeza su observancia, todos los días pedía su fiel ejecución, ora reclamando una pensión para el príncipe Eugenio, ora apoyando el sostenimiento de María Luisa en el ducado de Parma, ó censurando amargamente la negativa del tesoro francés á pagar el subsidio de los dos millones. A esto debe añadirse que no estaba muy contento del Austria para quererla desembarazar del temible vecino que le habían dado colocando á Napoleón en la isla de Elba. Su mismo lenguaje sobre este particular fué muy imprudente, desde su irritación con Mr. de Metternich. «Si es preciso, decía, se desencadenará al monstruo que inspira tanto miedo al Austria y á otros muchos.» Estas palabras produjeron en Viena un deplorable efecto. Pero se calumniaría á uno de los caracteres más generosos de los tiempos modernos si se creyese que estos eran los únicos motivos de Alejandro para oponerse á una violencia contra el prisionero de la isla de Elba. Por honor y por generosidad, no habría consentido jamás en ella, y estaba talmente convencido de esto, que nadie se habría atrevido á proponerle una cosa semejante. Ésta era una medida de prudencia en la que pensaban, pero de la que no osaban hablar, temerosos de hacerla imposible divulgándola, y á la cual, excepto Alejandro, sin haber aún tomado un partido, se inclinaban mucho todos. Semejante cuestión era una de las que, en concepto de Mr. de Metternich, requerían mayor oportunidad.

La expulsión de Murat y la traslación del prisionero de la isla de Elba á las Azores, eran pues los más delicados asuntos de Italia. Así es que cuando las potencias encargadas de las cuestiones italianas hablaron de ellos por la primera vez, Mr. de Metternich se encontró muy confuso. No dejó de exponer las complicaciones que temía en Italia, si no se obraba con prudencia, y esto le valió más de una réplica de Mr. de Talleyrand. No obstante, siguiendo el orden geográfico, Nápoles era la última de las cuestiones italianas, y esta clasificación fué la única concesión que obtuvieron del representante francés. Adoptando este orden, la cuestión de Génova y el Piamonte precedía á todas las otras. La trataron, pues, la primera.

En general, se hallaban dispuestas á ejecutar el tratado de París, abandonando Génova al rey de Cerdeña en compensación de Chambery; pero los genoveses no eran de este parecer. Tenían en Viena por representante al marqués de Brignole, personaje muy considerado por su nacimiento y sus cualidades, al cual se guardaban grandes atenciones, pero cuyos poderes no habían sido

admitidos, porque esto hubiera sido reconocer á la república de Génova una existencia política que no la querían conceder. Decían á esta antigua república: «Te has entregado á la Francia en 1805; la Francia ha aceptado y desde entonces se convirtió en tu soberana; en 1814, en uso de esa soberanía, te entrega al Piamonte; sólo existes á título de una provincia francesa que la Francia ha podido ceder, y cuya cesión hemos reconocido y consagrado nosotros.» A esta manera de razonar, Génova contestaba diciendo que se había entregado á la Francia y no al Piamonte, y añadía, lo que era verdad, que no había abierto los brazos á los ingleses sino mediante la promesa formal de lord Bentinck de que la devolverían su independencia. Muchó costó á lord Castlereagh hacer entrar en razón á los genoveses; pero sin inquietarse por si estaban persuadidos ó no, el comité consagró su anexión á la corona de Cerdeña, con la promesa de estipular garantías para su libertad y su comercio. La cuestión del territorio genovés suscitaba también muchas dificultades, pues el tratado de París hablaba de la ciudad y no del Estado de Génova. Pero zanjaron estas nuevas dificultades en virtud de la autoridad que se habían arrogado entonces sobre todos los pueblos de Europa, y la cuestión de Génova fué terminada en dos ó tres sesiones por la comisión encargada de los asuntos de la Italia.

A esta cuestión siguió la del orden de sucesión de la casa de Saboya. Era evidente que el trono iba á quedar sin sucesión, si no la aseguraban en la casa de Saboya-Cariñán, puesto que todos los príncipes de la rama principal carecían de herederos. El Austria solamente hubiera podido disputar el orden de sucesión que querían establecer por la esperanza de hacer llegar, por medio de un matrimonio, la corona de Cerdeña á un príncipe austriaco; pero no se hubiera atrevido á confesar semejante pretensión en un momento en el que acababa de apoderarse de la mayor parte de la Italia. No habiendo oposición por parte de nadie, el voto de la Francia fué acogido sin dificultad, y la sucesión quedó asegurada en la rama de Saboya-Cariñán.

La tercera cuestión, según el orden adoptado, era la de los Estados de Parma. La España, apoyada por la Francia, pedía que, en consecuencia de la restauración universal que se operaba en Europa, la casa de Parma recobrará su antiguo ducado, ó la Toscana, que bajo el título de reino de Etruria le había sido dada por el primer cónsul á ruegos de Carlos IV, cuya hija era esposa del infante de Parma. A una reclamación tan fundada, no había nada que contestar. Sin embargo, habiendo sido la Etruria entregada, en virtud de la restauración universal, al gran duque de Toscana, no quedaba más que una solución: ésta era la de restituir Parma y Placencia á la reina de Etruria. Pero ¿en qué se convertiría entonces el tratado del 11 de abril, y María Luisa, cuya dotación tenía por base este tratado?

Esta princesa, como ya hemos dicho al empezar nuestro libro, se hallaba en Schœnbrunn, oyendo desde las habitaciones que ocupaba el ruido de las fiestas consagradas á celebrar su caída, y ¡lo creerán nuestros lectores!, casi enojada de no poder asistir á ellas. ¡De tal manera devoraba el fastidio su alma débil y frívola! Arrojada sin saberlo ella en medio de las revoluciones, con la esperanza que se había tenido de acabar con

ellas casándola con Napoleón, había casi perdido en esta terrible prueba la memoria, el sentimiento y la fuerza; la desgraciada, muy quebrantada, no tenía más que dos preocupaciones: el amor de su hijo y la ambición de poseer el ducado de Parma, adonde quería retirarse, y llenar lejos de las tempestades sus deberes de madre. Por un instante, había pensado en trasladarse á la isla de Elba; pero no hubo que hacer mucho para disuadirla, declarándole que no podría llevar consigo á su hijo, que en manos de Napoleón correría peligro.

Reducida á escoger entre el papel de madre y de esposa, optó por el primero sin vacilar, y con un sentimiento que cada día era menor, gracias á la presencia de Mr. de Neiperg, convertido, como hemos dicho, en el depositario de toda su confianza. Habiéndose sometido enteramente á las voluntades de su padre y de los otros soberanos coligados, suplicaba que por premio de su sumisión le dejaran el patrimonio prometido á su hijo, con el permiso de ir á vivir allí en la paz y en olvido del sueño brillante que había ofuscado su juventud. No hay duda de que hubieran sido de desear sentimientos más enérgicos en la esposa de Napoleón; pero si la mujer á quien él había escogido, impulsado por su política, le abandonaba por debilidad, no tenía mucho que quejarse de su suerte, y preciso es ser indulgente con esta víctima á quien reyes y pueblos habían inmolado sin piedad á su reposo, elevándola sobre el más alto de los tronos, ó precipitándola por su interés de un momento, sin inquietarse por saber si sentía, si vivía, si un sufrimiento destrozaba su corazón, tratándola como á una hormiga que se aplasta con los pies sin concederle ni una mirada. Así, pues, estaba en Viena pidiendo á su padre que exigiese para ella el cumplimiento del tratado del 11 de abril.

Sin embargo, ¿quién no habría tenido compasión de este infortunio? Y cuando Mr. de Metternich decía á la Rusia, á la Inglaterra, á la Francia y á la España que no podían exigir de Francisco II, que había ya sacrificado tanto á la política común, que expoliara aún á su propia hija, todos los asistentes se encontraban muy apurados, hasta los mismos representantes de España y Francia. La Rusia, es decir, Alejandro, quería que se cumpliera el compromiso. La Inglaterra pensaba que era muy difícil violarle completamente, y respecto de la Francia, Luis XVIII habría accedido á todo si le hubieran prometido la expulsión de Murat. En cuanto á España, Fernando VII reclamaba por espíritu de familia, más que por cariño á su hermana, un pedazo de tierra cualquiera que formase parte de los Estados italianos. En esta disposición de ánimo, pensaron en emplear un medio conciliatorio, y se propuso el de dar Parma y Plasencia á la infanta, antigua reina de Etruria, y una de las Legaciones á María Luisa, con incorporación á la Santa Sede, que habría tenido también que esperar á la muerte de la archiduquesa para recobrar el territorio del que era el papa soberano legítimo. Sin embargo, el espíritu católico del siglo y el deseo de asegurar la prosperidad de la Santa Sede, que no podía pasarse sin las Legaciones para restablecer su hacienda, se oponía á esta resolución. No obstante, como vemos, estaban á punto de entenderse en la mayor parte de los asuntos de Italia, hasta en lo relativo á Murat, quien se había hecho sospechoso por intrigas, empezaba á

aparecer culpable é iba muy pronto á ser condenado por la política europea.

La comisión encargada de los asuntos de Suiza los encontró en el estado que hemos descrito antes. Diez cantones, los unos nuevos y formados con territorios en otro tiempo súbditos, los otros antiguos, y animados de un espíritu de equidad, pedían el mantenimiento de los diez y nueve cantones, y la confirmación de los principios liberales del acta de mediación. Éstos estaban en oposición con los nuevos cantones, que componían el partido del antiguo régimen, y en el que figuraban frente á frente el cantón aristocrático de Berna y los cantones democráticos de Schwitz, de Uri y de Glaris, pues democracia no siempre quiere decir justicia, y más de una vez se ha visto á la democracia tan obstinada en sostener las preocupaciones de lo pasado como á la misma aristocracia. Según hemos indicado, estos nuevos cantones, después de haberse negado á reconocer la dieta de Zurich, concluyeron por ceder, y pretendían que les entregaran los cantones que ya habían poseído y que volviesen á su primitivo estado los cantones de Vaud, de Argovia y del Tesino. Los dos partidos no cesaban de presentarse armados, tanto en el territorio de Berna como en el de Argovia y de Turgovia.

Desde luego se trató de excluir á la Francia de esta negociación espinosa como de las otras, porque se deseaba anular su influencia, tanto en Suiza como en Alemania é Italia. Pero, por una bizarría de esta situación, Berna, el cantón aristocrático por excelencia, Lucerna y Friburgo, los cantones donde dominaba más el espíritu de reacción, eran al mismo tiempo aquellos donde existía más inclinación hacia la Francia, hacia la Francia de los Borbones por supuesto. Esta disposición era debida al gran número de militares suizos que, según hemos dicho, habían servido en Francia, y que habiendo adquirido en su servicio los grados y honores de la fortuna, conservaban hacia ella una verdadera gratitud. Éstos habían, pues, pedido muy expresamente que un plenipotenciario francés formara parte del comité encargado de los asuntos helvéticos, y fué imposible negárselo. El duque de Dalberg fué, pues, el designado para representar á la legación francesa en este comité.

Esta intervención de la Francia produjo los mejores resultados. Cuando los cantones más pronunciados por el antiguo régimen, tales como Berna, Uri, Schwitz, Lucerna y Friburgo, veían á Mr. de Talleyrand y á Mr. de Dalberg que aunque vigilantes por ellos no se atrevían á sostener que era preciso devolver los países de Vaud, de Argovia y del Tesino al estado de países súbditos, ó restablecer la distinción de clases en un Estado republicano, dudaban mucho del triunfo de su causa y consideraban como perdida su pretensión. También el emperador Alejandro, fiel á sus sentimientos liberales, insistía en que los diez y nueve cantones y los principios del acta de mediación fuesen sostenidos, salvo algunos ligeros cambios; y no disputando la Francia la justicia de semejante solución, Berna y sus asociados comenzaron á ceder, y era casi seguro que se tomaría una prudente resolución. Se acordó que los diez y nueve cantones continuasen como habían estado, que permaneciesen en uso los principios de igualdad civil prevaleciendo en el régimen interior de la Confederación, que cuatro ó cinco de los cantones principales

fuesen alternativamente revestidos con la autoridad federal, y que Berna fuese indemnizada, ya con el Porentruy ó con el obispado de Basilea (territorios tomados á la Francia), de los sacrificios que se la exigían por su parte. A los otros cantones se les concederían compensaciones pecuniarias por los territorios que no era posible poner en estado de súbditos.

Las cuestiones de Italia y de Suiza estaban en vía de resolverse y aun resueltas en su mayor parte, excepto la de Nápoles, que dejaban á Murat el cuidado de resolver por sí mismo.

Lord Castlereagh continuaba haciendo esfuerzos con los ministros prusianos para desunirlos de su rey y del emperador Alejandro. Mr. de Metternich, precisado á plegarse á la táctica de lord Castlereagh, le secundó con disgusto, pues el sacrificio de la Sajonia, aunque esencialmente condicional por su parte, le costaba mucho y disgustaba extremadamente á los austriacos, que lo consideraban como más peligroso que el de la Polonia. Sin embargo, las ardientes instancias de lord Castlereagh y los fríos consejos de Mr. de Metternich habían obtenido algún triunfo. Habían dicho á los prusianos que el abandono de la Polonia era para todos los alemanes una desgracia, y en particular para los prusianos, tan próximos á la Rusia, uno de los peligros más graves; que el último reparto, dejando al menos el Vístula como barrera entre la Alemania y la Rusia, era mucho menos peligroso; que permitir á la Rusia pasar el Vístula, entregarla sobre todo á Varsovia, cabeza y corazón de la Polonia, era darla los medios de resucitarla, no para hacer una Polonia independiente sino una Polonia esclava; que sería en las manos del zar un soldado valiente, batiéndose con bravura por sus jefes; que sin cesar procuraría reunirse á sus miembros diseminados, arrebatar la Galitzia al Austria, y Dantzick, Graudentz y Thorn á la Prusia. Les habían dicho que si el gran Federico se había apresurado á ocupar una porción de las provincias polacas, cuando se hizo el primer reparto, fué para ligar la antigua Prusia á la Silesia, las cuales de otro modo estarían completamente separadas y habrían presentado dos lados de un ángulo recto, tocándose sólo en su cima; que establecida sobre el Netze y el Wartha, entre Thorn, Bromberg, Posen y Kalisch, la Rusia no tenía que hacer más que dar un paso para cortar de un solo golpe en dos partes á la Prusia, golpe que, sintiéndose en Berlín, dejaría á un lado la vieja Prusia y la Pomerania y al otro lado la Silesia, como dos ramas de un árbol separadas de su tronco; que todo cuanto pudieran dar sobre el Elba á la Prusia, desde Wittemberg á Dresde, no podía compensar el inconveniente de dejar á la Rusia en Posen, y que, en su mismo interés, debían los prusianos negarse á estos designios; que por lo demás no les disputarían lo que desearan hacia el Elba, que la Inglaterra y el Austria misma les abandonaban la Sajonia, pero con la condición de que se reunieran á la causa de la Europa y se separaran del ambicioso aliado con el que tan desgraciadamente se habían unido; que esta unión consistía en la amistad del rey con el zar, pero que no debían hacer depender de la amistad de los príncipes la suerte de los Estados, y que á los ministros prusianos correspondía ilustrar á Federico Guillermo sobre los intereses de la nación y oponérsele si no conseguían ilustrarle.

Estas poderosas consideraciones, particularmente para los militares, que hallaban muy peligroso el establecimiento de la Rusia en el bajo Wartha, produjeron alguna impresión en el ánimo de los ministros prusianos, quienes, á su vez, no dejaron de influir sobre su rey. Por lo menos, Alejandro creyó apercibirse de ello, y se afectó profundamente, pues si conseguían desunirle de la Prusia, iba á encontrarse solo contra la Europa, no teniendo ni el recurso de la Francia, que estaba ya comprometida con las potencias alemanas, siendo ya tarde para hacerla su aliada. Reducido entonces á los límites del antiguo reparto, se vería humillado á los ojos de los polacos, y obligado á oír decir á sus súbditos que no había ganado nada en las últimas guerras, aunque haciéndolas él hubiese corrido los más grandes peligros. Es verdad que podía citar la Finlandia y la Besarabia, pero estas conquistas, debidas á la alianza francesa, se convertían precisamente en la condenación de su política de coalición, y eran además para la ambición nacional lo que es para un estómago hambriento un banquete terminado hacía mucho tiempo.

En esta crítica situación, procuró tener una explicación con el rey de Prusia por medio de una entrevista particular; en ella desahogó su corazón, hablando á este príncipe con la mayor vehemencia. Le recordó los juramentos de amistad que se habían hecho el uno al otro al principiar el año de 1813, en el momento de su reunión sobre el Óder, cuando después de algunos años de frialdad, asaltados por un mismo peligro, se habían prometido sucumbir unidos, y unidos salvar á su país y á la Europa. Le recordó la adhesión que él, Alejandro, á pesar de sus fieles súbditos que le aconsejaban quedarse sobre el Vístula, y tratar allí con Napoleón, había preferido dar la mano á los alemanes y libertarles; le dijo que, sin esta adhesión, la Alemania permanecería aún esclava, y la Prusia reducida á cinco millones de habitantes; que semejante cambio de fortuna era debido solamente á su unión; que las potencias aliadas querían todas aprovecharse de este cambio de fortuna con exclusión de los rusos, á quienes debían tanto; que confinar á los rusos hacia el Vístula era dejar sin recompensa la sangre que habían vertido en las márgenes del Óder y en las del Sena, porque, después del desastre de Moscou, Napoleón les ofrecía el Vístula y habrían podido volverse á sus hogares sin exponerse á nuevos azares, sin sacrificar dos ó trescientos mil soldados para continuar la guerra de 1813, después de estar libres del gran ducado de Varsovia, y quedando asegurados de la Besarabia y la Finlandia; pero que entonces parecían no pensar más en la gran resolución que habían tomado de pasar el Vístula, á pesar del prudente Kutusoff; que aquellos aliados, especialmente los austriacos, á quienes habían tenido que forzar para hacerlos entrar en esta cruzada europea, y que no habían vertido ni la cuarta parte de la sangre vertida por los rusos, querían recoger ellos solos el fruto de la victoria; que no habiendo tenido un pueblo quemado, se negaban á conceder á los rusos el precio de las ruinas de Moscou; que los diplomáticos, obrando así, hacían su oficio; pero que los príncipes llenos de honor, como Alejandro y Federico Guillermo, unidos por la edad, por las vicisitudes de la vida, por los reveses comunes, por los mismos triunfos, no podían consentir que la ingratitud los mal-